

Y eso fué lo que hizo al fin de cuentas. Acosado por tanta cuestión, dijo que el dinero procedía de su tía, una señora rica, de opiniones retrógradas que, dominada, sin embargo, por el deseo de tener un periódico, lo había proporcionado. La señora no se hallaba en París sino en Londres, y como insistiéramos, no obstante, en tener sus señas, las obtuvimos por último, y nuestro amigo Malatesta se ofreció á ir á verla, lo que efectuó acompañado de un amigo italiano que tenía algunas relaciones en el comercio de muebles de segunda mano. La hallaron viviendo en un piso bajo, y mientras Malatesta hablaba con ella, estando cada vez más convencido de que todo era una comedia, el otro, fijándose en el mobiliario, descubrió que éste había sido alquilado el día antes, probablemente en un almacén próximo, pues el membrete del negociante aún estaba pegado en las sillas y mesas. Esto no era una prueba concluyente, pero, sin embargo, vino á aumentar nuestras sospechas, negándome yo en absoluto á tener nada que ver con la publicación.

La cual era de una violencia exagerada: incendios, asesinatos y bombas de dinamita, era todo de lo que se ocupaba. Cuando fuí al congreso de Londres encontré dicho individuo, y desde el momento que vi no se lavaba la cara, oí algo de su conversación y me hice cargo de la clase de mujer que lo acompañaba, mi opinión respecto á él quedó formada. Durante el congreso presentó una serie de proposiciones espeluznantes, y todos se mantuvieron alejados de él. Después, cuando insistió en que le dieran las direcciones de todos los anarquistas del mundo, la negativa no pudo ser más significativa.

Para abreviar, diré que á los dos meses fué desenmascarado, suspendiéndose el periódico al día siguiente para no aparecer más. Dos años después de esto, el prefecto de policía, Andrieux, publicaba sus memorias, en cuyo libro aludía al periódico referido, que había sido obra suya, así como las explosiones que sus agentes habían organizado en París, colocando latas de sardinas, llenas de cualquier cosa, bajo la estatua de Thiers.

* * *

Sobre este particular podría escribir varios capítulos; pero no haré más que contar una nueva historia referente á dos aventureros en Clairvaux.

Mi mujer paraba en la única posada de la aldea que se había formado á la sombra de los muros de la prisión. Un día la patrona entró en su habitación con un mensaje de dos caballeros que habían llegado al hotel y querían ver á mi esposa. Dicha mujer intercedió con toda su elocuencia en su favor. « ¡Oh!, conozco bien el mundo — dijo ella —, y puedo aseguráros, señora, que son dos cumplidos caballeros. No es posible hallar nada más *comme-il-faut*. Uno de ellos se dice oficial alemán; con seguridad es un barón ó un milord, y el otro, su intérprete. Ellos os conocen perfectamente: el barón va ahora á Africa, de donde tal vez no vuelva más, y desea veros antes de partir ».

Mi esposa miró la tarjeta de visita, en la que se leía: *A madame la «Principesse» Kropotkine. Quand à voir?*, y no necesitó más comentarios respecto á la cultura de los dos caballeros. En cuanto al contenido

de la nota, resultaba aún peor que la dirección. Contra todas las reglas gramaticales y careciendo de sentido común, el « barón » escribía sobre una comunicación misteriosa que tenía que hacer. Y como ella se negara rotundamente á recibir el autor de tal epístola y su intérprete, el primero le escribió un sin fin de cartas, que ella devolvía sin abrirlas.

La aldea se dividió pronto en dos bandos: uno colocándose al lado del barón y dirigido por la patrona, y el otro en contra suya y teniendo por jefe á su marido. Con tal motivo, se forjó una verdadera novela: el barón había conocido á mi mujer antes de su casamiento, habiendo bailado con ella muchas veces en la embajada rusa en Viena. El la amaba todavía, pero ella, insensible y cruel, no quiso permitir ni que la viera antes de emprender su peligrosa expedición.

Después de esto vino la misteriosa historia de un hijo, que se decía ocultábamos nosotros. « ¿Dónde está el niño? — preguntaba el barón —. Tienen un hijo que á esta fecha debe tener seis años; ¿qué ha sido de él? » « Ella no se separaría de un hijo si lo tuviera », decían los de un partido. « Sí, lo tienen, pero lo ocultan », agregaban los del contrario.

Para nosotros esta disputa contenía una revelación muy interesante. Nos demostraba que mis cartas, no sólo eran leídas por los empleados de la prisión, sino que su contenido llegaba también á conocimiento de la embajada rusa. Estando yo en Lyon y habiendo ido ella á ver á Elíseo Reclus en Suiza, me escribió una vez diciendo que « nuestro niño » iba muy bien; tenía una salud excelente, y todos habían pasado un rato agradable en el quinto aniversario de su nacimiento. Yo sabía que se refería á *Le Révolté*, al que acostumbábamos á llamar en nuestras conversaciones « nuestro *gamin* », nuestro niño travieso. Mas ahora que estos caballeros preguntaban por « nuestro hijo » y hasta designaban tan correctamente su edad, era evidente que la carta había pasado por más manos que las del director de la prisión, lo cual era conveniente saber.

Nada pasa inadvertido para la gente de una aldea, y el barón se hizo pronto sospechoso; escribió una nueva carta á mi mujer, más extensa aún que las anteriores. En ella pedía que le perdonara por haber pretendido presentarse como un antiguo amigo; declaraba que nunca se habían conocido, y, sin embargo, se hallaba animado de las mejores intenciones. Tenía que comunicarle algo importante; mi vida estaba en peligro y quería prevenirla.

El barón y su secretario salieron á dar una vuelta por el campo, para tratar de esto sin testigos y ponerse de acuerdo sobre el contenido de la mencionada misiva; pero el guarda bosque, que los había visto, los siguió á cierta distancia, observando que, después de una disputa, se rompió la carta, tirando los pedazos al suelo. Entonces esperó aquél á que se fueran, recogió los fragmentos, los coleccionó en su lugar y pudo leerla. Una hora después toda la aldea sabía que el barón jamás había conocido á mi mujer, desbaratándose completamente la novela que tan sentimentalmente repetían los partidarios del barón.

« ¡Ah!, entonces no son lo que pretenden — dijo á su vez el cabo de la gendarmería —; « deben ser espías alemanes »; y los arrestó.

Hay que decir en su favor que verdaderamente había estado un espía alemán en Clairvaux poco antes. En tiempo de guerra, el vasto

edificio de la prisión podría muy bien servir como depósitos de provisiones ó cuarteles para el ejército, y es indudable que el Estado Mayor alemán tenía interés en conocer la capacidad interna del local. Para conseguirlo, vino á la aldea un fotógrafo ambulante y jovial, que conquistó la amistad de todos fotografiándolos de balde, siendo admitido para que sacara vistas, no sólo del interior del patio, sino también de los dormitorios, después de lo cual se trasladó á otra población de la frontera del Este, donde fué preso por las autoridades francesas, por haber encontrado en su poder documentos militares comprometedores. Y como el cabo recordaba lo ocurrido, vino á creer que el barón y su acompañante eran espías también, y los llevó presos al pueblecito de Bar-sur-Aube; pero á la mañana siguiente fueron puestos en libertad, manifestando el diario de la localidad que no eran espías alemanes, sino « personas comisionadas por otra potencia más amiga ».

Lo que dió lugar á que la opinión pública le volviera la espalda al barón y su secretario, á quien le aguardaban nuevas aventuras. Una vez en libertad, entraron en un pequeño café del pueblo, donde desahogaron mutuamente su pecho en alemán, como buenos amigos, mientras vaciaban una botella de vino.

« Estuvisteis estúpido y cobarde — el que hacía de intérprete dijo al que pasaba por barón —; si me hubiera encontrado en vuestro lugar, le hubiera pegado un tiro á ese juez de instrucción con este revólver. Que intente conmigo algo semejante, y verá si le alojo una bala en la cabeza », y otras cosas por el estilo.

Un viajante de comercio, que estaba sentado tranquilamente en un rincón de la sala, corrió en el acto á casa del comandante del puesto de gendarmes á dar cuenta de la conversación que había oído, y éste dió inmediatamente parte del hecho á sus superiores, volviendo á arrestar al secretario, que era un farmacéutico de Strasburgo. Se le hizo comparecer ante el tribunal de policía, en la referida población de *Bar-sur-Aube*, y le salió un mes de cárcel, « por amenazas pronunciadas contra un magistrado en sitio público ». Más adelante, el barón se vió metido en otro lío, y la aldea no recobró su tranquilidad hasta que se marcharon los dos extranjeros.

* * *

No he hecho más que relatar aquí muy pocas de las historias de espías que pudiera contar; pero cuando se piensa en los miles de bribones que andan por el mundo al servicio de todos los gobiernos — y á menudo bien pagados por sus villanías —, en las redes que tienden á las gentes desprovistas de malicia, en la vasta suma de dinero perdido en el sostenimiento de ese ejército reclutado en las capas más bajas de la sociedad y entre la población de las prisiones, en la corrupción de toda clase que ellos vierten en el seno de la sociedad, y hasta pudiera decirse en el de las familias, no es posible dejar de admirarse de la inmensidad del mal que por este concepto se causa.

XV.

Peticiones en favor de nuestra libertad aparecían continuamente, lo mismo en la prensa que en la Cámara de los Diputados — con tanto más motivo, cuanto que en igual época en que nosotros fuimos condenados lo fué también Luisa Michel, ¡por robo! —; Luisa, que siempre da literalmente su último manto ó abrigo á la mujer que lo necesita, y á quien nadie pudo obligar á comer mejor que sus compañeros de prisión, porque siempre daba á éstos lo que le mandaban á ella, fué condenada en unión de otro compañero, Pouget, á nueve años de prisión por robo en despoblado. Esto resulta odioso hasta para los oportunistas de la clase media.

Un día, iba ella á la cabeza de una manifestación de los parados, y entrando en una panadería, tomó varios panes y los distribuyó entre los hambrientos; este era su crimen. Así, pues, la libertad de los anarquistas vino á ser un grito de guerra contra el gobierno, y en el otoño del 85, todos mis compañeros, menos tres, fueron puestos en libertad por un decreto del presidente Grévy, después de lo cual las voces demandando la libertad de ella y la mía se elevaron más aún. Alejandro III, sin embargo, era contrario á tal medida, y en una ocasión el primer ministro, M. Freycinet, contestando una interpelación de la Cámara, dijo que « dificultades diplomáticas ofrecían obstáculos á la liberación de Kropotkin ». Palabras bien extrañas, por cierto, en boca del primer ministro de un país independiente; pero otras peores se han oído desde entonces, con relación á esa desgraciada alianza de Francia con la Rusia imperial.

A mediados de Enero del 86, tanto Luisa Michel y Pouget, como los cuatro de nosotros que quedábamos en Clairvaux, fuimos puestos en libertad.

Esta significaba también la de mi mujer, cuya prisión voluntaria en la aldea, á las puertas mismas del penal, había empezado á alterar su salud, por lo que nos trasladamos á París para pasar unas semanas con nuestro amigo Elías Reclus, escritor profundo en antropología, á quien fuera de Francia confunden á menudo con su hermano Eliseo, el geógrafo. Una estrecha amistad ha unido á los dos hermanos desde la infancia. Cuando llegó la hora de que entraran en la universidad, fueron juntos desde un pueblecito del valle de la Gironda á Strasburgo, haciendo el viaje á pie, como dos jóvenes errantes, acompañados de su perro, y al detenerse en algún poblado, el animal era el que se comía la sopa, en tanto que los dos hermanos se alimentaban con pan y manzanas. Desde Strasburgo, el más pequeño se dirigió á Berlín, á donde fué atraído por las conferencias del gran Ritter. Más tarde, del 40 en adelante, se hallaron en París, y Elías se hizo un convencido fourierista, viendo ambos en la república del 48 el advenimiento de una nueva era de evolución social. Así que, á consecuencia del « golpe de estado » de Napoleón III, los dos tuvieron que dejar á Francia y emigrar á Inglaterra.

Cuando se votó la amnistía y volvieron á París, Elías publicó allí un periódico fourierista cooperativo, que circuló ampliamente entre los trabajadores.

No es un hecho generalmente conocido, pero no deja de tener algún interés el manifestarlo, que Napoleón III, que representaba el papel de César, interesado, como correspondía á tal personaje, por la suerte de las clases trabajadoras, acostumbraba á mandar uno de sus ayudantes á la imprenta donde se hacía la tirada, para llevar á las Tullerías el primer ejemplar que saliera de máquina. Estando posteriormente hasta dispuesto á patrocinar á la Internacional, con la condición de que habían de poner en sus estatutos algo que expresara su confianza en los grandes planes socialistas del dictador, ordenando que la persiguieran cuando los internacionales se negaron terminantemente á hacer semejante cosa.

Cuando se proclamó la Commune, los dos se unieron á ella con júbilo, y Elías aceptó el puesto de encargado de la Biblioteca Nacional y el Museo del Louvre, á las órdenes de Vaillant. A su previsión y asiduidad debemos, hasta cierto punto, la conservación de los inapreciables tesoros de conocimientos humanos y arte acumulados en esas dos instituciones durante el bombardeo de París por los ejércitos de Thiers, y la conflagración que después vino. Siendo un amante apasionado del arte griego y estando muy familiarizado con él, hizo que las estatuas y vasos más preciados se bajaran á los sótanos del Louvre, procurando al mismo tiempo colocar en lugar seguro los libros más importantes de la Biblioteca Nacional y proteger igualmente el edificio del fuego que por doquiera le rodeaba. Su esposa, mujer de valor, digna compañera del filósofo, seguida á todas partes de sus dos tiernos hijos, organizó mientras tanto en el mismo barrio de la ciudad donde vivía, un sistema de alimentar al pueblo, que había sido reducido á la mayor miseria durante el segundo sitio. En las últimas semanas de su existencia, la Commune, al fin, comprendió que el suministro de alimento al pueblo, que carecía de medios de poder ganarlo por sí mismo, debía haber sido el primer cuidado de dicha corporación, organizándose entonces con voluntarios semejante servicio.

Sólo á una mera casualidad se debió que Elías Reclus, que se había mantenido en su puesto hasta el último momento, no fuera fusilado por las tropas versallesas; y habiendo sido condenado á la deportación, por haberse atrevido á aceptar cargo tan necesario bajo la Commune, se marchó á la emigración con su familia. Después, al volver á París, ha reanudado sus trabajos etnográficos, por los que tanta predilección había mostrado toda su vida. Lo que este trabajo representa puede juzgarse por algunos, muy pocos, capítulos del mismo, publicados en forma de libro, con los títulos de *Gente Primitiva* y *Los Australianos*, así como la historia del origen de las religiones, que forma la substancia de sus conferencias en la *Ecole des Hautes Etudes*, en Bruselas, fundada por su hermano. En todo el campo de la literatura etnológica no hay muchas obras que estén tan penetradas de un conocimiento tan completo como afectuoso de la verdadera naturaleza del hombre primitivo. En cuanto á su historia de las religiones (de la que una parte se publicó en la revista *Société Nouvelle*, y continúa viendo la luz en su sucesora *Humanité Nouvelle*), es, me atrevo á afirmar, la mejor obra sobre esta materia que jamás ha aparecido, indudablemente superior á lo intentado por Heriberto Spencer en tal sentido, porque éste, con todo su gran talento, no posee ese conocimiento de la natural y simple condición

del hombre primitivo que Elías Reclus con tan rara perfección domina, y al que ha agregado otro bien extenso de una rama relativamente descuidada de psicología popular: la evolución y transformación de las creencias.

Considero superfluo el hablar del carácter extremadamente bueno y modesto de este amigo, ó de su superior inteligencia y vastos conocimientos de todas las materias referentes á la humanidad; todo ello va comprendido en su estilo, que es suyo y de nadie más. Con su modestia, sus modales correctos y su profunda penetración filosófica, él es el tipo del filósofo griego de la antigüedad. En una sociedad menos superficial y vana y más amante del desarrollo de amplias concepciones humanitarias, se vería rodeado de una multitud de discípulos, como cualquiera de sus prototipos griegos.

Un movimiento socialista y anarquista muy acentuado presentamos en París en los días que allí pasamos. Luisa Michel daba conferencias todas las noches y despertaba el entusiasmo del auditorio, ya estuviera compuesto de trabajadores ó de gentes de la clase media. Su ya grande popularidad subió de punto, extendiéndose hasta los estudiantes de la universidad, quienes pueden tener horror á las nuevas ideas, pero admiraban en ella á la mujer ideal. En esa misma época tuvo lugar en un café un altercado entre uno que habló poco respetuosamente de Luisa Michel ante unos estudiantes y éstos. Los jóvenes tomaron la cosa con calor, y el resultado fué que se rompieron las mesas y los espejos también.

Yo igualmente, di una conferencia una vez sobre el anarquismo, ante un público compuesto de varios miles de personas, abandonando inmediatamente después á París, antes de que el gobierno se viera obligado á obedecer las indicaciones de la prensa rusófila y reaccionaria, que pedía me expulsaran de Francia.

De París fuimos á Londres, donde encontré una vez más á mis dos antiguos amigos Stepniak y Tchaykousky. La vida allí no era ya la triste y vegetativa existencia que había sido para mí cuatro años antes. Nos instalamos en Harrow, en una casita, sin preocuparnos mucho del mobiliario, una parte del cual hice yo mismo con ayuda de Tchaykousky — quien había estado en los Estados Unidos y aprendido algo de carpintería —, alegrándonos mucho de tener en nuestro huerto un pequeño pedazo de terreno arcilloso. Tanto mi mujer como yo, nos dedicamos con entusiasmo á la horticultura, cuyos admirables resultados había podido apreciar anteriormente, después de haber hojeado las obras de Toubreau y otros hortelanos de París, y posterior á nuestros propios experimentos en el huerto de la prisión de Clairvaux. Respecto á mi esposa, que tuvo una fiebre tifoidea á poco de habernos establecido de dicho lugar, el trabajo que hizo en el huerto durante el período de convalecencia fué para ella más provechoso que el haber pasado una temporada en el mejor de los sanatorios.

* * *

Hacia el fin del verano recibí un rudo golpe, enterándome que mi hermano Alejandro había muerto.

Durante los años que pasé en el extranjero, antes de que me prendieran en Francia, jamás nos habíamos escrito. A los ojos del gobierno ruso el amar á un hermano á quien se persigue por sus opiniones políticas, es por sí solo un pecado; mantener relaciones con él después que ha tenido que recurrir á la emigración, es un crimen. Un súbdito del zar debe odiar á todos los que se rebelan contra la suprema autoridad del que manda; y como Alejandro estaba en las garras de la policía rusa, me negué en absoluto á escribirle, lo mismo á él que á otro cualquiera de la familia.

Después que el zar escribió en la solicitud de nuestra hermana Elena « que siga allí todavía », no era posible esperar una inmediata salida de mi hermano. Dos años más tarde se nombró una comisión para fijar tiempo á los que se hallaban en Siberia deportados gubernativamente, y á mi hermano le echaron cinco, que, unidos á los dos ya sufridos, eran siete. Más adelante se formó otra en la época de Loris Mélikoff, y le recargaron otros cinco años más. A mi hermano le correspondía, pues, salir en libertad en Octubre del 86. Lo que constituía doce años de deportación, primero en un pueblecito de la Siberia oriental, y más tarde en Tomsk, esto es, en las tierras bajas de la región opuesta, donde no tenía ni aun el rico y saludable clima de las altas praderas que se hallan más al Este.

Cuando me encontraba preso en Clairvaux, me escribió y cambiamos algunas cartas. En ellas decía que, aun cuando nuestra correspondencia fuera leída por la policía rusa en Siberia y por los empleados de la prisión en Francia, podíamos escribirnos, á pesar de esa doble fiscalización. Hablaba de su vida en familia, de sus tres hijos, á quienes describía de un modo interesante, y de sus trabajos. Me encargaba con interés que no perdiera de vista el desarrollo científico de Italia, donde se llevaban á cabo excelentes y originales investigaciones, las cuales han permanecido ignoradas en el mundo de la ciencia hasta ser explotadas por Alemania, dándome también su opinión sobre el probable progreso de la vida política en Rusia. No creía posible entre nosotros, en un próximo porvenir, un gobierno parlamentario como el de las naciones occidentales de Europa; pero mirando hacia delante, consideraba suficiente por el momento la convocatoria de una especie de Asamblea Nacional deliberante (*Zémskiy Sobor ó Etats Généraux*). La cual no haría las leyes, sino solamente los proyectos á los que el poder imperial y el Consejo de Estado darían forma definitiva y sanción legal.

Sobre todo, de lo que más me hablaba en sus cartas era de su obra científica. Siempre había tenido particular predilección por la astronomía, y cuando estábamos en San Petersburgo publicó en ruso un excelente compendio de todos nuestros conocimientos sobre las estrellas errantes. Con su claro entendimiento crítico pronto se apercibió del lado fuerte ó débil de las diferentes hipótesis, y sin suficientes conocimientos matemáticos, pero dotado de una poderosa imaginación, consiguió hacerse cargo de las investigaciones matemáticas más complicadas.

Viviendo con el pensamiento entre los cuerpos celestes errantes, llegó á comprender sus movimientos complejos, á menudo mejor que algunos matemáticos — en particular los puramente algebristas —,

quienes están expuestos á perder de vista las realidades del mundo físico, no viendo nada más que sus propias fórmulas. Los astrónomos de San Petersburgo me hablaron con mucho interés de esa obra de mi hermano. Después se dedicó á estudiar la estructura del universo, analizar las fechas y las hipótesis sobre los mundos de soles, aglomeraciones de estrellas y nebulosas en el espacio infinito, estudiando los problemas de sus agrupaciones, su vida y las leyes de su evolución y decaimiento. El astrónomo de Púlkova, Gyldin, habló calurosamente de esta nueva obra de Alejandro y lo presentó por medio de una carta á Mr. Halden, de los Estados Unidos, á quien, estando últimamente en Washington, tuve el gusto de oír una apreciación bien halagüeña del valor de estos trabajos. La ciencia tiene una verdadera necesidad, de cuando en cuando, de semejantes especulaciones de un carácter muy elevado, hechas por un cerebro escrupulosamente laborioso, crítico, y al mismo tiempo imaginativo.

Pero en un pueblo pequeño de Siberia, lejos de todas las bibliotecas y sin poder seguir los progresos de la ciencia, sólo consiguió englobar en su trabajo las investigaciones efectuadas hasta la fecha de su deportación.

Después se habían publicado trabajos de importancia, de los que tenía conocimiento; pero ¿cómo le había de ser posible hacerse de los libros necesarios mientras permaneciera en Siberia? La aproximación del momento de recobrar la libertad no era motivo de regocijo para él, porque sabía no se le permitiría residir en ninguna de las ciudades universitarias de Rusia ó de la Europa occidental, sino que, á la primera seguiría una segunda deportación, tal vez peor que la anterior, á alguna aldea de la Rusia oriental.

« Una desesperación como la de Fausto se apodera de mí algunas veces », me escribía, y cuando el fin de su condena se acercaba, mandó su mujer y sus hijos á Rusia, aprovechando uno de los últimos vapores, antes de que se cerrase la navegación, y, en una noche triste, esta desesperación puso un término á su existencia.

Una nube densa se fijó sobre nuestra casita durante muchos meses, hasta que un rayo de luz vino á rasgarla, cuando en la inmediata primavera una inocente niña que lleva el nombre de mi hermano vino al mundo, y con su tierno llanto hizo vibrar nuevas fibras en mi corazón.

XVI.

En el 86, el movimiento socialista en Inglaterra se hallaba en todo su apogeo. Grandes masas obreras se habían francamente unido á él en todas las poblaciones de importancia, así como un número de personas de la clase media, jóvenes en su mayoría, que le prestaban su concurso de varios modos.

Una aguda crisis industrial se hacía sentir aquel año en la mayoría de los oficios, y todas las mañanas y á menudo durante el día, no dejaba

de oír á grupos de trabajadores, recorriendo las calles cantando: « Estamos en paro forzoso », ó algún himno, y demandando pan. Las gentes acudían de noche á la plaza de Trafalgar á dormir allí al aire libre, expuestas al viento y la lluvia entre dos periódicos; y un día de Febrero, la multitud, después de haber escuchado los discursos de Burns, Hyndman y Champión, corrió á Picadilly, rompiendo varios biombos de las principales tiendas. Pero más importante aún que esta manifestación de malestar era el espíritu que animaba á la parte más pobre de la población obrera que habita los barrios exteriores de Londres. Fué de índole tal, que si los jefes del movimiento, á quienes se procesó por lo ocurrido, hubieran sido tratados con severidad, un deseo de venganza y sed de odio, desconocidos hasta entonces en la historia actual del movimiento obrero en Inglaterra, pero cuyos síntomas se mostraban bien marcados en el 86, se hubiesen desarrollado, imprimiéndoles sus huellas á las agitaciones futuras durante largo tiempo. La clase media, en este caso, pareció haber comprendido bien la situación, inscribiéndose inmediatamente cantidades importantes de dinero en el West End, para aliviar la miseria de la parte opuesta de la ciudad, lo cual, aunque insuficiente para remediar el mal, bastaba, por lo menos, para demostrar una buena intención. En cuanto á las sentencias que recayeron sobre los jefes procesados, todas se limitaron á dos ó tres meses de prisión.

La cantidad de interés en las cuestiones sociales y los proyectos de todas clases de reforma y reconstrucción eran grandes y numerosos entre todas las capas de la sociedad.

Empezando en el otoño y continuando todo el invierno, fuí, por encargo de los amigos, dando conferencias por todo el país, en parte sobre las prisiones, pero generalmente sobre socialismo anarquista, visitando de ese modo las principales poblaciones de Inglaterra y Escocia. Por regla general aceptaba la primera invitación de hospedaje que se me hacía en la noche de la conferencia, por lo que ocurría que una noche me tocaba dormir en una casa rica, y la siguiente en el estrecho círculo de una familia obrera.

Cada noche veía un número considerable de personas de todas clases, y ya fuera en la modesta casa del trabajador ó en la sala de recepción del capitalista, una animada discusión sobre socialismo y anarquismo se mantenía hasta las altas horas de la noche; con ilusión en la primera y con desaliento en la segunda, pero en todas partes con la misma sinceridad.

En la mansión del poderoso, las primeras preguntas eran: « ¿Qué quieren los socialistas? ¿Qué se proponen hacer? — y después — ¿Que concesiones son las que en primer término hay necesidad de otorgar en un momento dado, con objeto de evitar conflictos graves? » En nuestras conversaciones rara vez oí negar la justicia de nuestra causa ó calificarla como falta de fundamento. Pero hallé una firme convicción de que una revolución era imposible en Inglaterra; que lo que reclamaban las masas trabajadoras no llegaba, ni con mucho, á lo que demandaban los socialistas, y que aquéllos se contentarían con bastante menos, de tal modo, que concesiones secundarias, limitadas á un pequeño aumento de bienestar ó descanso, serían aceptadas por ellas como garantía de

otras más importantes para el porvenir. « Somos una nación del centro izquierdo; vivimos transigiendo », me dijo una vez un antiguo miembro del parlamento, que tenía gran conocimiento de la vida de su país.

En la morada del pobre también noté una diferencia entre las preguntas que me dirigían en Inglaterra y las que me habían hecho en el Continente. Los principios generales, cuya aplicación parcial ha de ser determinada por ellos mismos, interesan profundamente al trabajador latine. Si este ó aquel concejo municipal vota fondos para sostener una huelga, ó se ocupa de la alimentación de los niños de las escuelas, no se da importancia á tales medidas, tomándolas como cosa corriente. « Claro es que un niño hambriento no puede aprender — dice un trabajador —; hay que alimentarlo ». « Es indudable que el patrón cometió una torpeza al obligar á los trabajadores al paro ». Esto es todo lo que se dice sobre el particular, y nadie le da importancia á esas pequeñas concesiones, hechas por la sociedad individualista á los principios comunistas. La imaginación del trabajador va más allá de esas concesiones, preguntando si es el municipio, la Unión de trabajadores ó el Estado quien debe ocuparse de organizar la producción, si el concierto libre será suficiente para mantener la armonía en la sociedad, y cuál será el freno moral de ésta cuando se desprendiera de sus actuales medios de represión; si un gobierno democrático libremente elegido sería capaz de realizar cambios de importancia en sentido socialista y si los hechos consumados no deberían preceder á la legislación, y otras cosas parecidas.

En Inglaterra, donde más particularmente se fijaba la atención, era en una serie de concesiones paliativas, que gradualmente iban creciendo en importancia. Mas, por otra parte, la imposibilidad de la administración industrial por el Estado, parecía haber sido comprendida con bastante anterioridad por estos obreros, en tanto que lo que más le interesaba era lo que tenía carácter constructivo, así como el medio de obtener las condiciones de vida necesarias para poder llevar á la práctica semejante variación.

« Y bien, Kropotkin, supongamos que mañana tomáramos posesión de los diques de nuestra ciudad. ¿Qué pensáis sobre el modo de administrarlos? », es cosa que, por ejemplo, se nos preguntaba en cuanto nos sentábamos en casa de un trabajador. O bien esta otra: « No estamos conforme con que el Estado administra los ferrocarriles, y el sistema empleado hoy por las compañías, no es, ni más ni menos, que el robo organizado. Mas supongamos que fueran de los trabajadores. ¿Cómo el servicio entonces se organizaría? » La falta, pues, de ideas generales era reemplazada por un deseo de profundizar más hondamente los detalles de la realidad.

Otro rasgo del movimiento en Inglaterra era el considerable número de gente de la clase media que le prestaba su concurso por varios conceptos, unos asociándose á él francamente, y otros ayudándole de un modo indirecto. En Francia y en Suiza los dos partidos — los trabajadores y la clase media — permanecían contemplándose frente á frente, con una clara línea divisoria entre ambos. Al menos, esto es lo que sucedía en los años que mediaron del 76 al 85. Durante el tiempo que estuve en Suiza, puedo decir que en los tres ó cuatro años que per-